

a sangre



**60 años de dibujo,
diseño, publicidad...**

En diseño, imprimir 'a sangre' significa llevar la imagen más allá del borde, para que al cortar el papel no queden márgenes vacíos. Esta revista nace de esa misma idea: una trayectoria de 60 años que no aceptó límites. Del lápiz a la inteligencia artificial, el impulso ha sido siempre el mismo.

del lápiz a la IA

José Baró Parellada



Memorias de un diseñador

Este texto no es un manual ni un libro de recuerdos; es el recorrido de mi oficio. Comencé dibujando, donde cada trazo obligaba a pensar. Después llegaron otras herramientas: la informática, el 3D, la fotografía, el vídeo y, ahora, la inteligencia artificial. Todo ha cambiado, excepto el proceso: observar, entender

y decidir. No hay oposición entre lo antiguo y lo nuevo; el lápiz y el algoritmo son parte de lo mismo. No comprendería lo digital sin haber trabajado antes con la materia, la prueba y el error. Mi camino es una suma de técnicas donde las herramientas han mutado, pero el criterio se ha mantenido intacto.



El Niño y el Viejo cohabitan

Alguien me dijo que deberíamos hacer caso a los niños y a los viejos, porque son los únicos que realmente se enteran de lo que sucede; los demás estamos demasiado ocupados. Esta revista nace de esa idea. En estas páginas, mis primeros dibujos y acuarelas conviven con mis pruebas actuales en 3D o in-

teligencia artificial. Parecen mundos distintos: el grafito frente al algoritmo. Sin embargo, para mí solo son herramientas. He descubierto que, para guiar a una IA, hace falta haber sentido antes el pulso del lápiz y haber observado cómo la luz atraviesa el objetivo de una cámara. Mi jubilación no ha sido un retiro, sino

un regreso a la curiosidad del niño, pero con la mochila llena. El soporte es lo de menos; lo que queda son las ganas de ver qué pasa cuando volvemos a jugar. Aprovecho la tecnología porque me permite ir más lejos, igual que el coche nos permitió viajar más rápido que el caballo.





EL MIEDO A LA MANCHA

Mucho antes de que los colores se generasen en un programa y las líneas fueran vectores, el diseño era una cuestión de inteligencia y habilidad manual. Mi trayectoria no comenzó frente a un monitor, sino bajo el flexo de una mesa de dibujo, donde el blanco del papel era un reto físico y mental. Entrar en el estudio en aquellos años era

entrar en un taller de artesanía. Mi mano izquierda aún recuerda el tacto del papel Basik; la derecha, la precisión que exigía un pincel de marta recién cargado. Diseñar era un ritual que empezaba mucho antes de trazar la primera línea: preparar el soporte, afilar el grafito y comprobar que la escuadra y el cartabón estuvieran limpios, sin un ras-

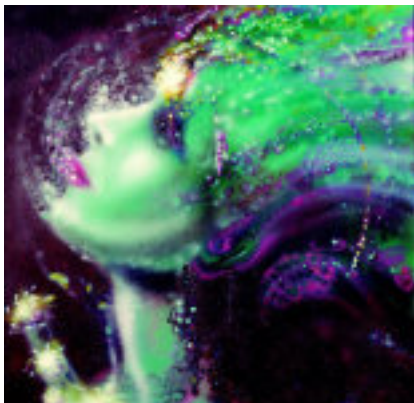
tro que pudiera arruinar horas de trabajo. No había margen de error. Era una escuela: te obligaba a proyectar la imagen completa en la cabeza antes de que el gouache fluyera. Cada trazo era una decisión irreversible. Si el pincel fallaba o el pulso temblaba, había que volver al inicio. Esa tensión creativa fue la que educó mi paciencia.

Escuela viva

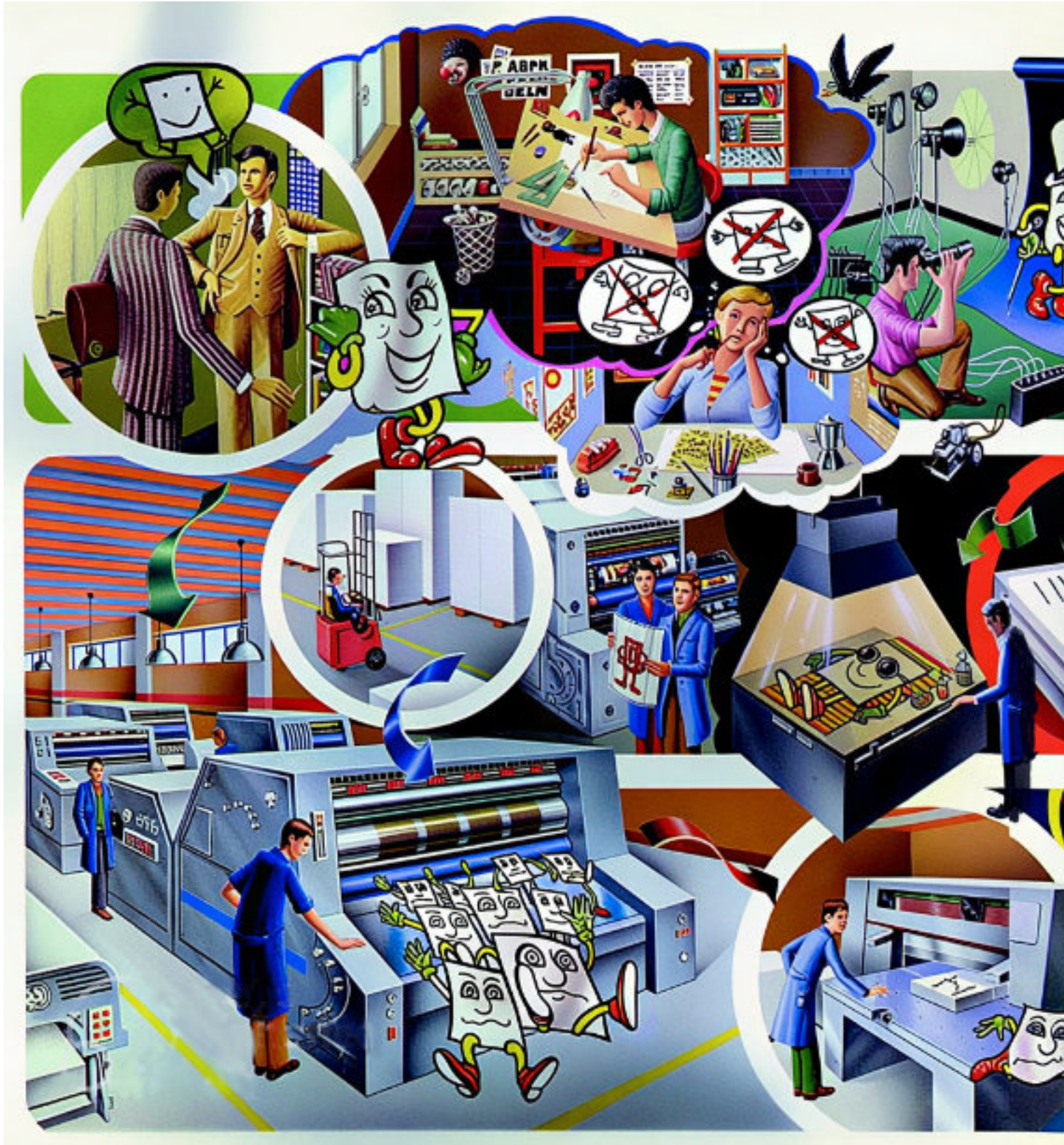
El aprendizaje del oficio me dio una brújula que hoy sigo usando en mi labor diaria. Entonces, los logotipos nacían del compás y el tiralíneas; el diseño era una lucha directa con el papel. El tablero fue mi verdadera universidad: allí aprendí que la herramienta es

solo una extensión del pensamiento. En el estudio siempre sonaba música y el ambiente se llenaba de charlas o chistes. No era ruido, sino un entorno vivo donde el conocimiento se compartía de forma natural. Te enseñaban los secretos de la profesión casi sin

darte cuenta, sin tener que pedirlo. Hoy el aprendizaje es más solitario, pero yo sigo sintiendo la presión del pincel sobre la yema de los dedos. Para mí, la tecnología no es un sustituto; es simplemente la evolución de aquel primer trazo.



la imprenta



Éramos profesionales en un mundo donde nada era automático. Con la expansión de la imprenta moderna, los tipógrafos, que hasta entonces vivían ceñidos a las letras de caja, empezaron a buscar nuestra capacidad gráfica para proyectar folletos y facturas, o para dar for-

ma a complejos folletos o escudos heráldicos. Esa colaboración fue el puente que nos permitió saltar del tableo al contacto directo con el cliente; dejamos de ser solo dibujantes para convertirnos en generadores de la imagen. Un testimonio fiel de aquel cambio es este cómic

sobre el proceso offset que acompaña estas líneas. Dirigí el proyecto en equipo, asumiendo personalmente el guion y el trazo para explicar, de forma visual, la tecnología que entonces estaba sacudiendo los cimientos de las artes gráficas.



técnicas

Esta página resume sesenta años de adaptación constante. Mi trayectoria ha sido un puente entre lenguajes que parecen opuestos: desde la mancha de la acuarela o el óleo hasta el rigor del 3D, la fotografía y la autoedición. Dominar el aerógrafo o el fotomontaje en su día no fue

distinto a lo que hoy me exige la inteligencia artificial; el reto siempre ha sido el mismo: asimilar la técnica para que la herramienta no sea un obstáculo. Ya sea diseñando para web o editando vídeo, el dibujo sigue siendo mi forma de pensar. Al final, aunque la pantalla lo unifique todo, lo

que define el nivel de una obra es el criterio acumulado. Es ese extra de curiosidad, como los márgenes «a sangre» de esta revista, lo que mantiene el oficio en movimiento y evita que el trabajo se quede corto.

dibujo



acuarela



óleo



plumilla



retrato



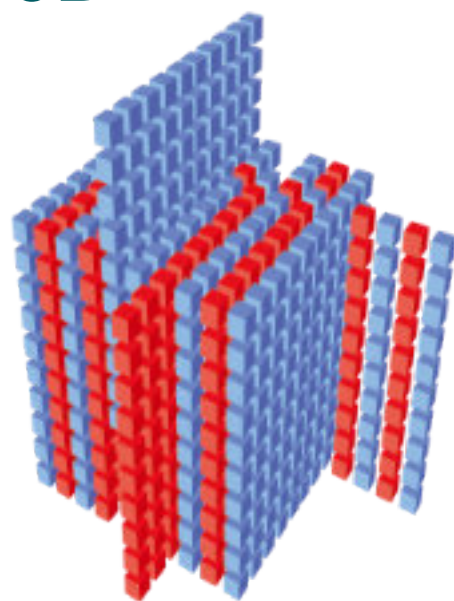
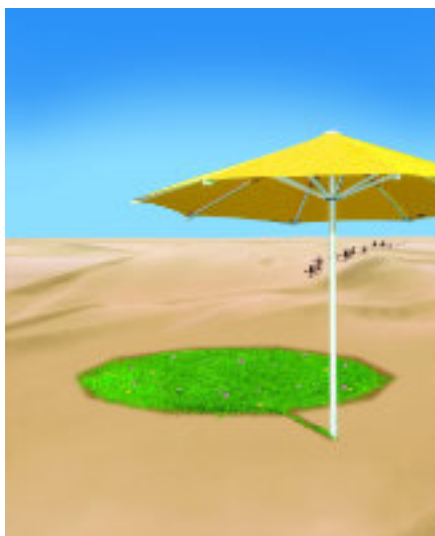
caricatura



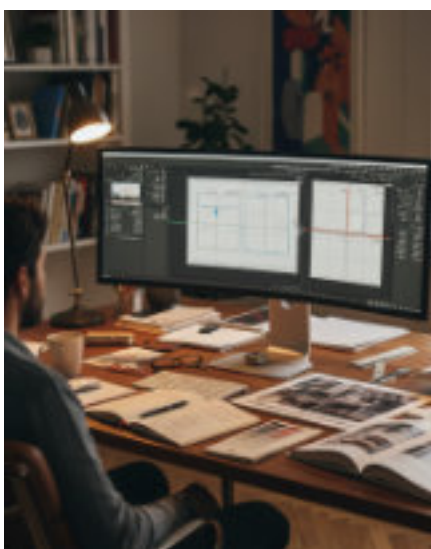
aerografía



fotomontaje 3D



autoedición



fotografía



cartelería



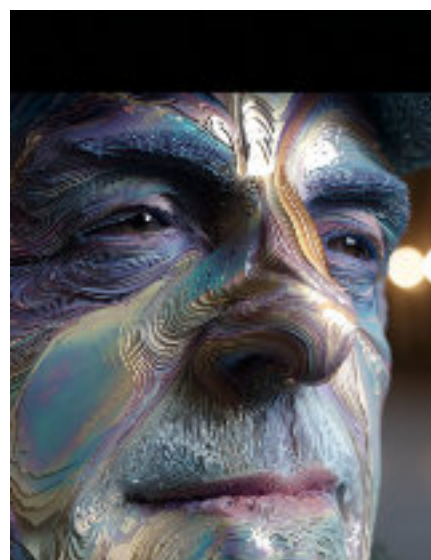
web



video



ia



Revolución

En los ochenta, la luz dejó de bajar desde un flexo para emanar de una pantalla. La llegada de la informática no fue una simple actualización de herramientas; fue un cambio de mentalidad.

Control Z

Si antes el error era una sentencia, en el entorno digital se convirtió en un camino. El comando «Z» transformó mi psicología de trabajo: al desaparecer el miedo a estropear el soporte, se disparó la experimentación. Podía probar diez gamas cromáticas en lo que antes tardaba en limpiar un pincel. Sin embargo, en esa velocidad acechaba una trampa: la máquina era capaz de ejecutar formas perfectas, pero carecía de intención. La pantalla permitía una precisión absoluta, pero solo cobraba sentido a través del criterio. Mi reto personal fue trasladar todo el oficio manual a ese nuevo entorno digital.

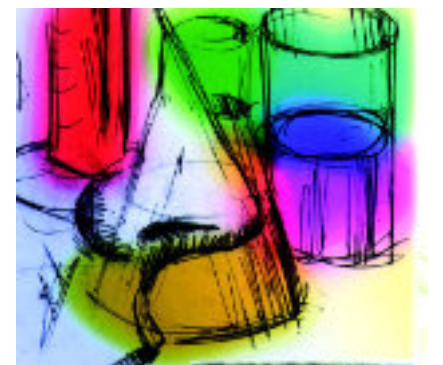
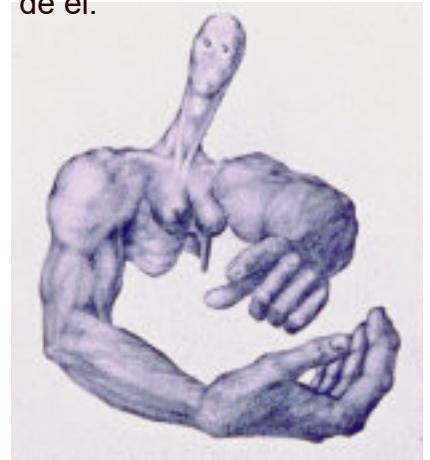
En muchos lugares, vimos cómo los estudios tradicionales se transformaban. Algunos colegas se resistieron, viendo en el ordenador una competencia, como la ven en la IA hoy.





jose baro parellada

A lo largo de mi carrera, y de forma paralela a mi actividad profesional, he cultivado una formación autodidacta en múltiples disciplinas. No nació de una decisión estratégica, sino de una necesidad: para adaptarme a las transformaciones del oficio, sentía que debía comprenderlas desde dentro. En mi trayectoria, aprender nunca ha sido una etapa previa o ajena al trabajo; ha sido, sencillamente, parte indivisible de él.

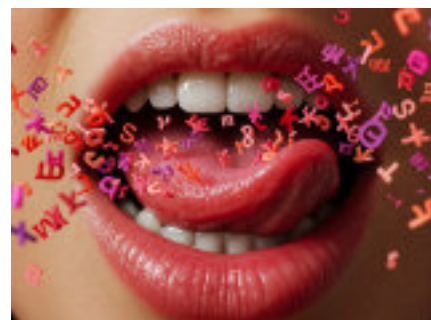




Ante un encargo que exigía conocimientos que no poseía, mi respuesta siempre fue el estudio de urgencia: comprar los manuales técnicos un sábado y pasar el fin de semana asimilando conceptos para poder resolver el proyecto el lunes. Así ocurrió con la perspectiva cónica, que tuve que comprender y aplicar manualmente mucho antes de la llegada de la informática. Mis verdaderos maestros han sido los libros y tratados que me enseñaron una lección fundamental: aunque la herramienta caduque, el criterio nacido del estudio es lo único que te mantiene relevante.



No se trata de dominar una técnica, sino de mantener la capacidad de comprender cualquier nuevo lenguaje visual que el reto profesional requiera. Al final, mi versatilidad no es una cuestión de estilo, sino la garantía de tener la disciplina intelectual necesaria para estudiar y resolver cualquier problema que se presente.





El trazo humano

El ordenador no diseña; es una herramienta de precisión que permite ejecutar con una exactitud que a mano era imposible. La tec-

nología puede potenciar una buena idea, pero si no hay concepto, solo hace más evidente el vacío. Hoy trabajo en un entorno digital, pero

la máquina sigue bajo el mando del criterio que me dio el oficio. La imagen de la cámara con el lápiz por objetivo explica mi método: cap-



turo la realidad para después intervenirla gráficamente. No busco la reproducción automática, sino una base técnica sólida sobre la que aplicar el dibujo. Aquel ecosistema de aprendizaje de mis inicios ha dado

paso a un proceso más individual, donde la inteligencia artificial se ha convertido en una aliada técnica eficaz. Su valor es práctico: resuelve en minutos bloqueos que antes detenían la producción durante días. Esta ca-

pacidad de respuesta permite evaluar variantes que en el sistema analógico eran inviables por tiempo, siempre que se tenga el conocimiento necesario para dirigir el proceso hacia el resultado final.

dibujante y fotografo, con manos de artesano

Mi trayectoria no ha sido una sucesión de etapas, sino un cruce de disciplinas donde unas han alimentado a las otras. La pintura me dio la comprensión del color y el 3D me permitió recuperar esa sensación de volumen. No entiendo estas herramientas como compartimentos aislados, sino como una estructura de trabajo donde

la fotografía me enseñó lo esencial: que la luz construye la imagen. Del vídeo extraje el manejo del ritmo y de la publicidad la capacidad de síntesis, esa disciplina de decir mucho con muy poco. Hoy, al ajustar un render o dirigir un proceso de inteligencia artificial, no busco un valor exacto ni una perfección fría; busco el equilibrio

visual. Trabajo en ese límite donde la imagen deja de ser un cálculo técnico para convertirse en percepción pura. La tecnología no sustituye mi método, simplemente expande la capacidad de respuesta de un criterio que se ha ido puliendo en cada cambio de lenguaje.





3D: El espacio

Mi enfoque profesional nace de una necesidad práctica: entender cómo funcionan las cosas para saber construir las. No me limito a proyectar una idea, me involucro en la ejecución técnica de cada pieza. Esa mentalidad de quien se atreve a re-

solver cualquier problema, desde la estructura de un objeto hasta el acabado de un material, es la que traslado a cada encargo. Para mí, el diseño es un proceso integral. No distingo entre la estética y la construcción; ambas forman parte

de un mismo reto de resolución. Esta capacidad de respuesta me permite abordar proyectos complejos con la seguridad de quien conoce el oficio desde dentro, dominando los procesos para asegurar que el resultado final sea funcional, sólido y coherente. No se trata solo de diseñar, sino de garantizar que cada elemento ocupe su lugar con la precisión que exige un trabajo bien ejecutado.

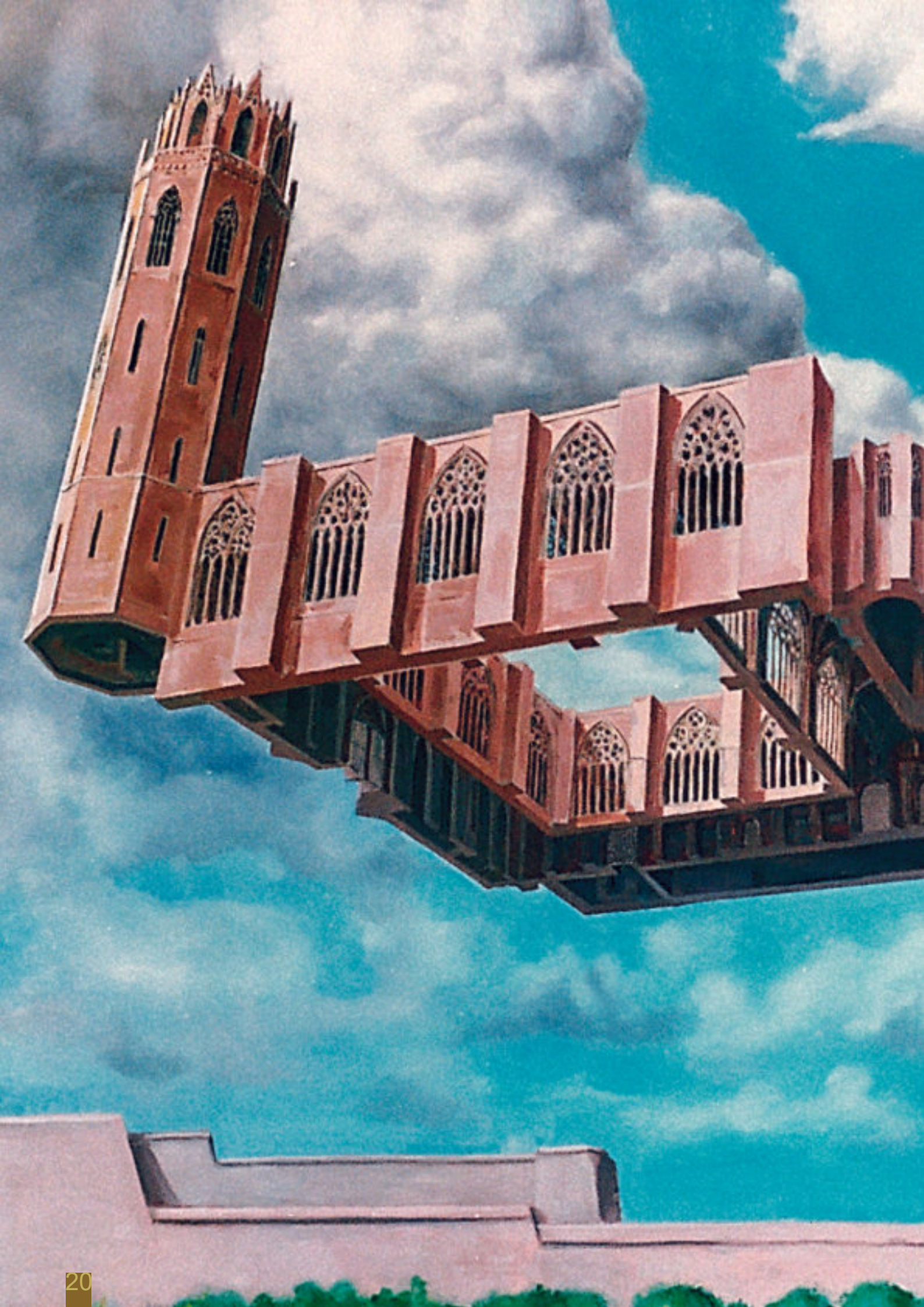
El concepto

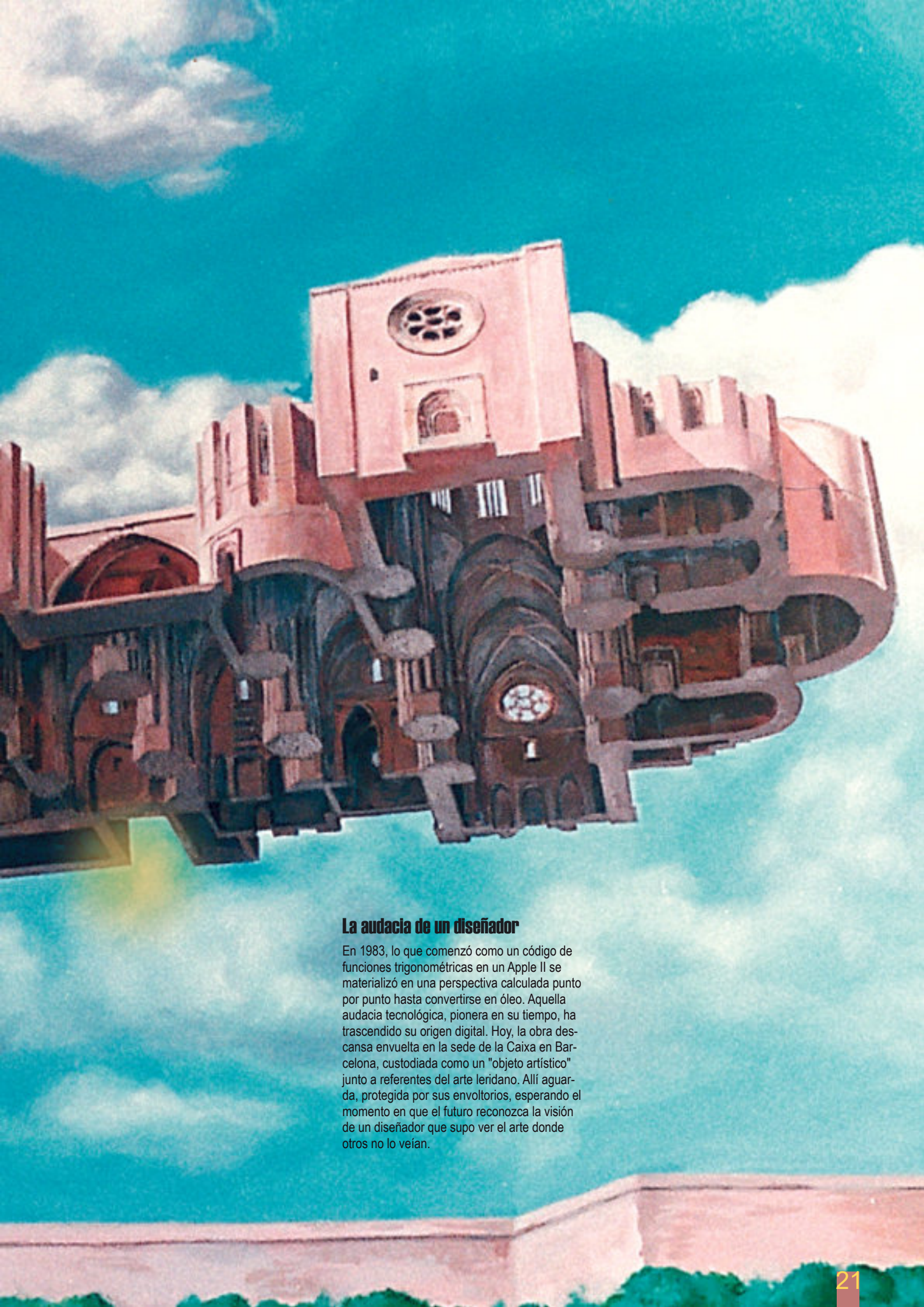
Antes del píxel o la IA, está la idea. Un diseño visualmente llamativo pero sin concepto es solo ruido. Exploro la conceptualización: esa fase donde el proyecto se define antes de ser visto. Incluso en mis trabajos más tecnológicos, el proceso comienza en un cuaderno. El boceto rápido es mi lenguaje más sincero; es donde la mano intenta seguir el ritmo del cerebro. Aquí la imperfección es útil, porque me permite ver la estructura de un proyecto antes de vestirlo con color o tipografía.

He aprendido que diseñar es, en esencia, argumentar. Elegir una tipografía, las ilustraciones o fotografías adecuadas, no es un capricho, sino una decisión técnica. Mi paso por la publicidad me enseñó a tratar los elementos visuales como palabras: ¿qué transmite este vacío?, ¿qué comunica este rojo? La maestría consiste en que el espectador reciba el mensaje sin notar el mecanismo que lo transporta. Tras décadas de oficio, mi comprensión del diseño cambió. Descubrí que mi valor profesional no reside en trazar una línea perfecta o dominar el último software, sino en la capacidad de pensar.









La audacia de un diseñador

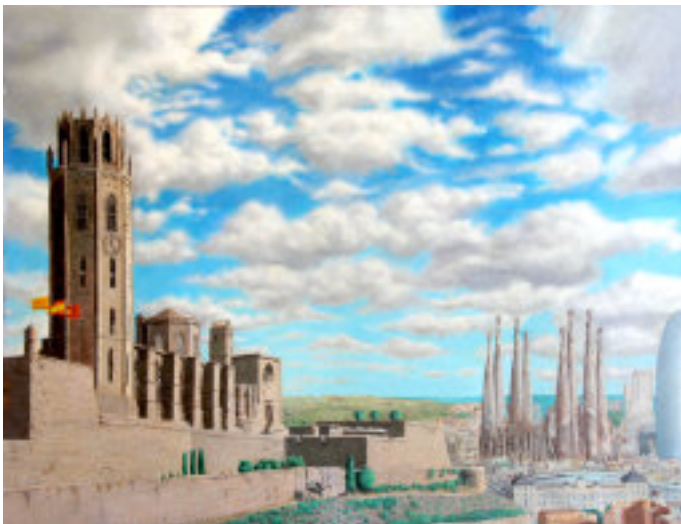
En 1983, lo que comenzó como un código de funciones trigonométricas en un Apple II se materializó en una perspectiva calculada punto por punto hasta convertirse en óleo. Aquella audacia tecnológica, pionera en su tiempo, ha trascendido su origen digital. Hoy, la obra descansa envuelta en la sede de la Caixa en Barcelona, custodiada como un "objeto artístico" junto a referentes del arte leridano. Allí aguarda, protegida por sus envoltorios, esperando el momento en que el futuro reconozca la visión de un diseñador que supo ver el arte donde otros no lo veían.

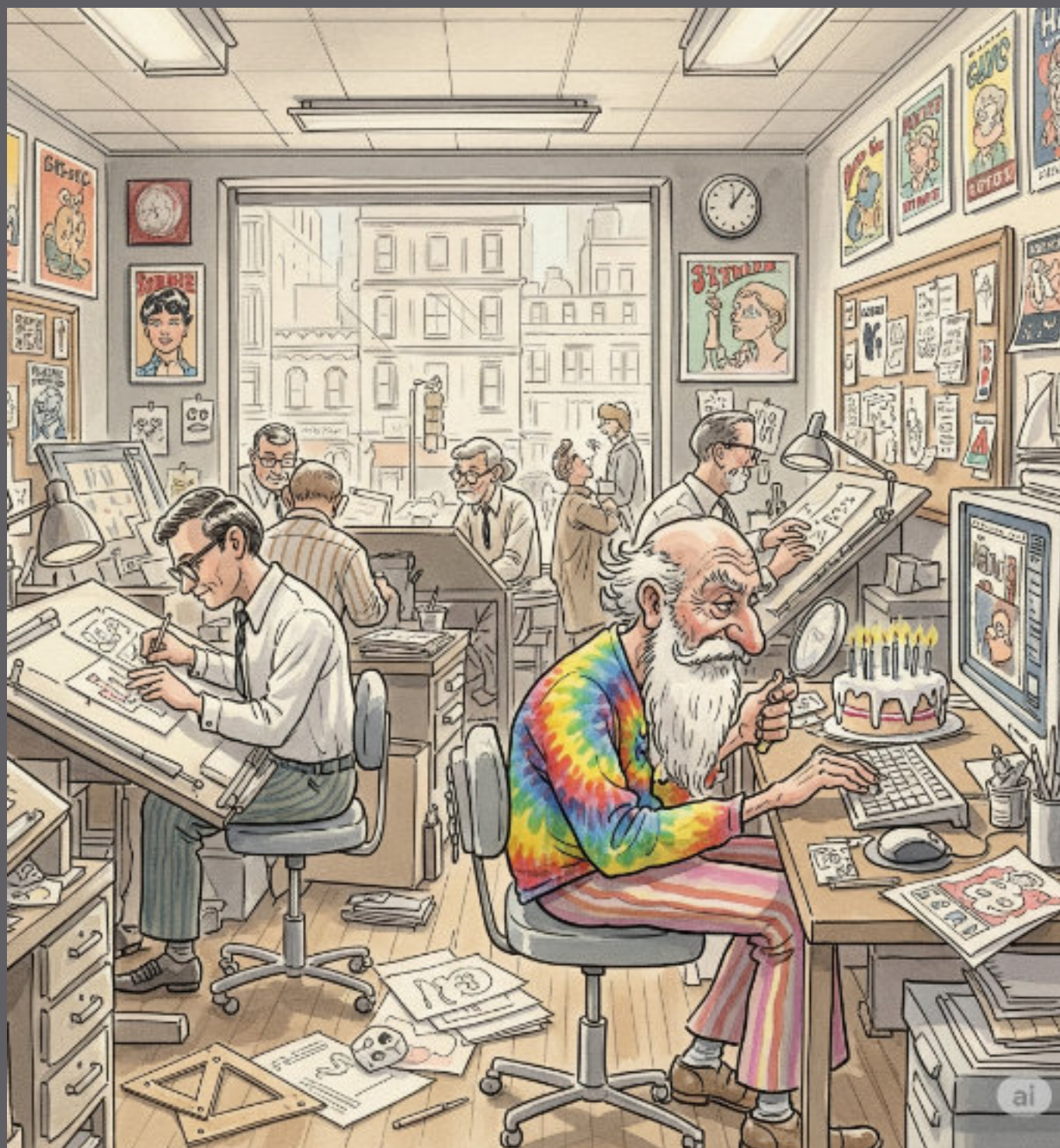
mi ciudad



Lleida es el cimiento de mi trayectoria. Mi oficio se forjó aquí, en ese equilibrio exacto entre la tradición y la vanguardia. Mi carrera se resume en dos hitos opuestos proyectados sobre un mismo símbolo: la Seu Vella. El primero fue un desafío de rigor matemático: mil horas de

trabajo para proyectar la estructura poligonal del castillo en un 3D, entonces impensable fuera de la universidad. Aquel esfuerzo no solo definió un proyecto para "la Caixa", sino que catapultó mi empresa. Años después, el proceso dio un giro radical hacia la síntesis. La marca que encabeza estas líneas nació de un trazo fulminante de apenas 18 segundos. De las mil horas de código al pincel instantáneo; del cálculo extremo a la esencia pura. Ambos momentos representan éxitos en mi vida profesional, unidos siempre por el perfil de una ciudad que sigue inspirando todo lo que construyo.





La madurez

La experiencia me ha enseñado que el diseño es, ante todo, una respuesta. Si no hay una pregunta, no hay diseño. En esta etapa de mi carrera, la reflexión ha ganado terreno a la ejecución: hoy dedico mucho más tiempo

a pensar antes de tocar el papel o el ratón. Mi prioridad ahora es escuchar. Entendí que, detrás de cada encargo, siempre late un miedo que disipar o una ambición que alcanzar. Mi labor es la de un traductor: trans-

formar necesidades comerciales en soluciones visuales. He comprobado que la técnica proporciona la práctica y no es solo un valor poético, es una ventaja; porque un diseño que no es fiel a su finalidad, tarde o temprano, termina por fallar.

El diseño y el lenguaje

En un mercado saturado de ruido visual, la sencillez se ha convertido en una aliada. Sin embargo, alcanzar esa simplicidad exige rigor: la verdadera estrategia consiste en saber qué quitar, no en qué añadir. Ya no se trata solo de entregar un archivo, sino de gestionar. El diseño estratégico es aquel que prevé cómo va a envejecer, cómo va a convivir con el

usuario y cómo va a sostenerse en un entorno digital que cambia a cada segundo. Esta faceta como gestor de ideas me exige una formación permanente. Para poder aconsejar, hay que entender el mundo, la psicología del consumidor, los cambios sociales y las nuevas fronteras tecnológicas. Nunca he perdido la curiosidad, pero hoy está dirigida a

la eficiencia. El diseño es un proceso de adaptación; mi mayor éxito no ha sido imponer un estilo propio, sino poner mi capacidad creativa al servicio del mensaje del cliente. El arte aplicado es, ante todo, una forma de comunicación que debe ser eficiente, técnica y sobre todo, fruto del trabajo constante.





El diálogo con la máquina

Si el paso del taller al ordenador fue una sustitución de herramientas, la llegada de la Inteligencia Artificial que es una más, es un amplificador de tareas. Hoy, mi estudio ha vuelto a transformarse. Ya no solo muevo píxeles o trazo vectores; ahora mantengo un diálogo. El "prompt" se ha convertido en mi nuevo pincel, y la capacidad de sintetizar ideas en palabras es la nueva destreza técnica que se suma a mi mochila de aprendiz cons-

tante. La IA no es el fin del diseño, sino una ayuda imprescindible. Es una herramienta de una velocidad vertiginosa, capaz de procesar siglos de historia del arte y la estética en segundos. Sin embargo, esa velocidad carece de dirección. La máquina puede generar mil imágenes, pero no sabe cuál de ellas funciona, cuál comunica la esencia de una marca o cuál respeta el ritmo visual que necesita una obra.

Aquí es donde las décadas de trayectoria cobran un nuevo sentido. Para dar una instrucción precisa a una IA, hay que saber de luz (fotografía), de composición (diseño), de narrativa (video) y de estructura (volumen). La IA no sustituye al diseñador; lo obliga a ser, más que nunca, un director de orquesta. Mi valor hoy no es solo saber ejecutar, sino saber elegir.

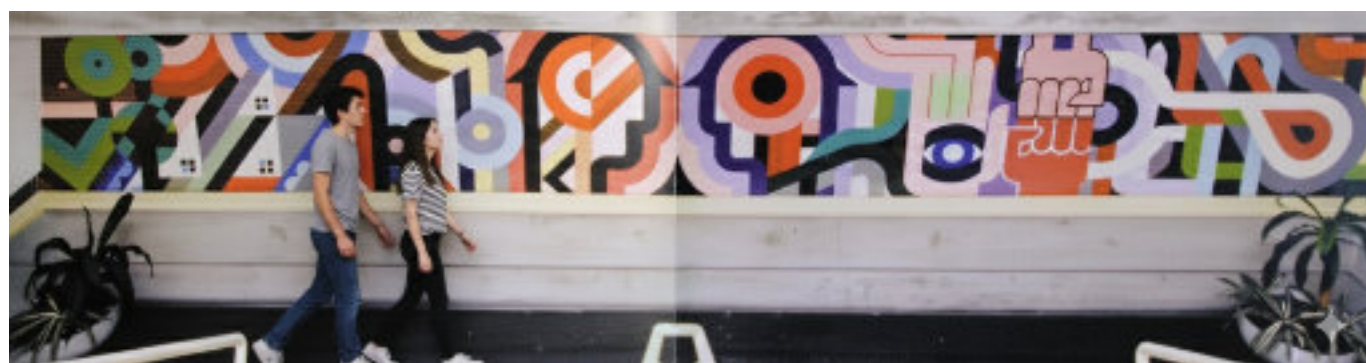
El criterio

En este nuevo escenario, el criterio es el único territorio que la máquina no puede conquistar. El algoritmo es un espejo de nuestra capacidad, pero el diseño nace de la experiencia, de los errores cometidos en el dibujo. Cuando trabajo con IA, aplico el mismo rigor que aplicaba con el tiralíneas: la búsqueda de la síntesis y la técnica. No acepto lo que la máquina propone; lo cuestiono hasta que la imagen deja de ser una propuesta. Mi "mirada", esa que empecé a entrenar en mis inicios, es ahora el filtro que separa el ruido de la comunicación.

¿Quién es el autor?

Cada fotografía, dibujo y diseño de esta revista es de mi autoría. He integrado la inteligencia artificial como una herramienta muy útil que expande mis capacidades, pero el autor soy yo. Ya sea con pincel, lápiz, tinta o mediante prompts, la esencia no varía: yo dirijo el proceso creativo. Aunque existe un debate complejo sobre si los equipos pueden reclamar autoría, es un laberinto en el que no entraré aquí. Mi labor consiste en aportar el juicio y la experiencia; sin ese filtro, el resultado pierde su carácter y su propósito. Cada pieza es una ejecución personal que reafirma mi autoría.



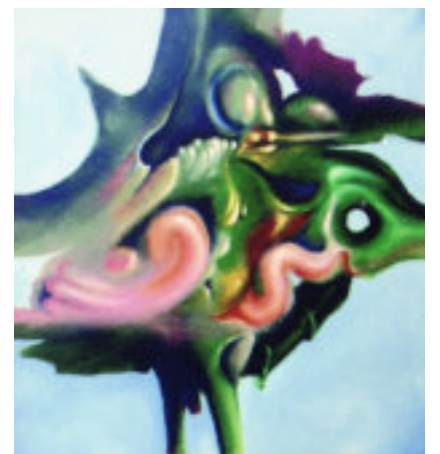


El criterio soy yo

Soy aquel joven que miraba el papel con respeto, pero ahora es un horizonte de posibilidades donde lo artificial y lo humano caminan juntos. Diseñar, lejos del ruido publicitario, me ha permitido cultivar mi mirada. Mi estudio no

es solo un espacio con ordenadores; es un observatorio. En estas seis décadas, he visto cómo la estética exterior cambiaba mientras yo buscaba lo permanente. El diseño es un servicio a la comunidad: ya sea proyec-

tando una etiqueta o una identidad, el objetivo es dignificar la comunicación. Mi gratitud es para quienes confiaron en mí y para las herramientas que me acompañaron.





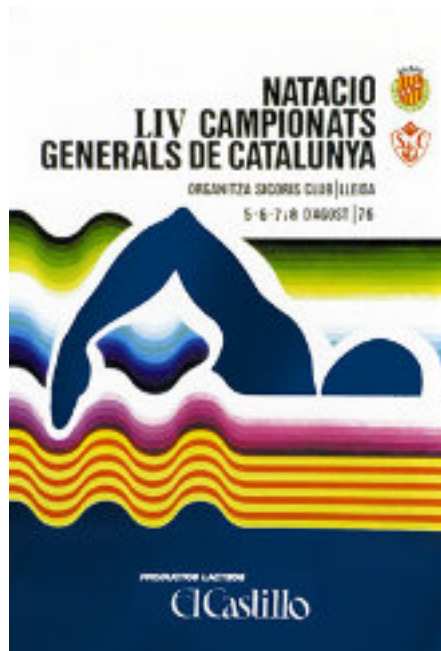
El fuego y la sombra



Sesenta años de oficio permiten conocer a fondo a un personaje recurrente y oscuro: la Envidia. Es ese freno invisible que habita en nuestro sector; un invitado no deseado que percibe el éxito ajeno como una amenaza propia. La Envidia nace siempre de la inseguridad, de la ceguera de no entender que el talento no es un botín por el que haya que pelear, sino un fuego que, al compartirse, alumbrará con más fuerza.

Es agotador ver cómo tantos talentos se desgastan alimentando a este personaje, intentando frenar el avance de los demás para no sentirse sobrepasados. Esa energía que entregan a su propio recelo es, precisamente, la que les falta para avanzar ellos mismos. Se olvidan de que, cuando se suman capacidades, el resultado deja de ser una cifra y se vuelve crecimiento.

En un entorno donde el mérito a veces incomoda, la Envidia levanta vallas allí donde el trabajo debería construir puentes. Es capaz de hundir proyectos brillantes por pura falta de generosidad, mientras que los trabajos más modestos se convierten en hitos cuando ella no interviene. Al final, el oficio solo trasciende cuando se logra silenciar a este personaje y se entiende que la meta es compartida.

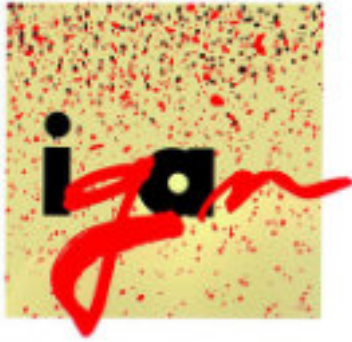


anagramas

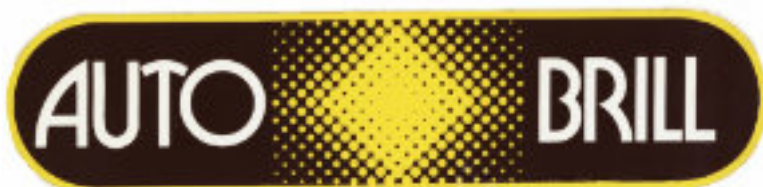
Disciplina que asumí no por azar, sino por la síntesis entre mi base técnica y la aparición de una nueva demanda visual.

Mi labor en este campo es el fruto de aplicar el rigor geométrico a un formato que, en su origen, representaba una novedad.





contagest
ASSESSORIA EMPRESARIAL



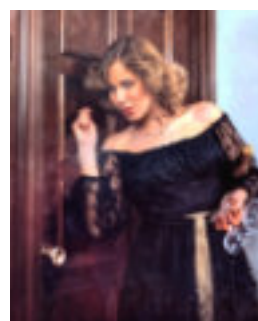
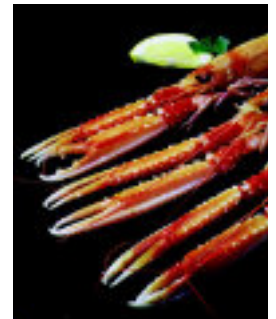
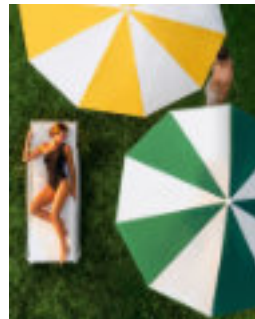
fotografía

Todo empezó el día que rescaté a un vencejo en la oficina de un cliente. Lo ayudé a remontar el vuelo, sabiendo que estas aves no pueden despegar desde el suelo. Desde entonces, siento que me acompaña: se queda estático tras mi ventana

o vuela a un palmo de mi cabeza al atardecer. Esta foto en el canal simboliza nuestro reencuentro; elijo creer que es la señal de aquel amigo que vuelve para darme las gracias.



Me encontré con la fotografía; no fue para convertirme en fotógrafo de eventos, sino para completar mi oficio. Comprendí que la luz no es algo que simplemente está ahí: es el elemento que revela la forma. Al observar cómo incide sobre los objetos, descubrí que la luz es la que define el volumen y da sentido a la comunicación visual.



arte aplicado

Bajo mi trabajo en el dibujo, la herramienta que me permite articular el diseño industrial con el 3D y la fotografía. Desde el detalle de un objeto técnico hasta el volumen de una fachada, todo nace de un criterio sólido. Empleo la IA para ganar agilidad, pero siempre bajo la dirección de un ojo entrenado. La tecnología evoluciona, pero la esencia del diseño reside en el pensamiento.

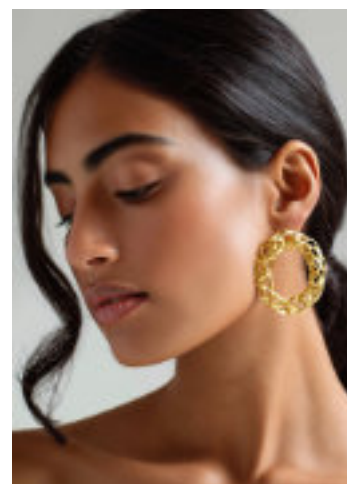


Mi diseño para la contraportada de las Páginas Blancas de Barcelona: el escaparate más consultado antes de los móviles.



objetos

Como diseñador, mi análisis visual me ha permitido definir la estética de objetos tan diversos como una unidad de potencia, un trasplante de cristalino, una fachada, joyería de autor o gafas. Mi enfoque se centra en la parte externa y funcional; no pretendo intervenir en la ingeniería, labor que corresponde a técnicos. Mi cometido es entregar un diseño como guía para que otros ejecuten la fabricación.



espacios

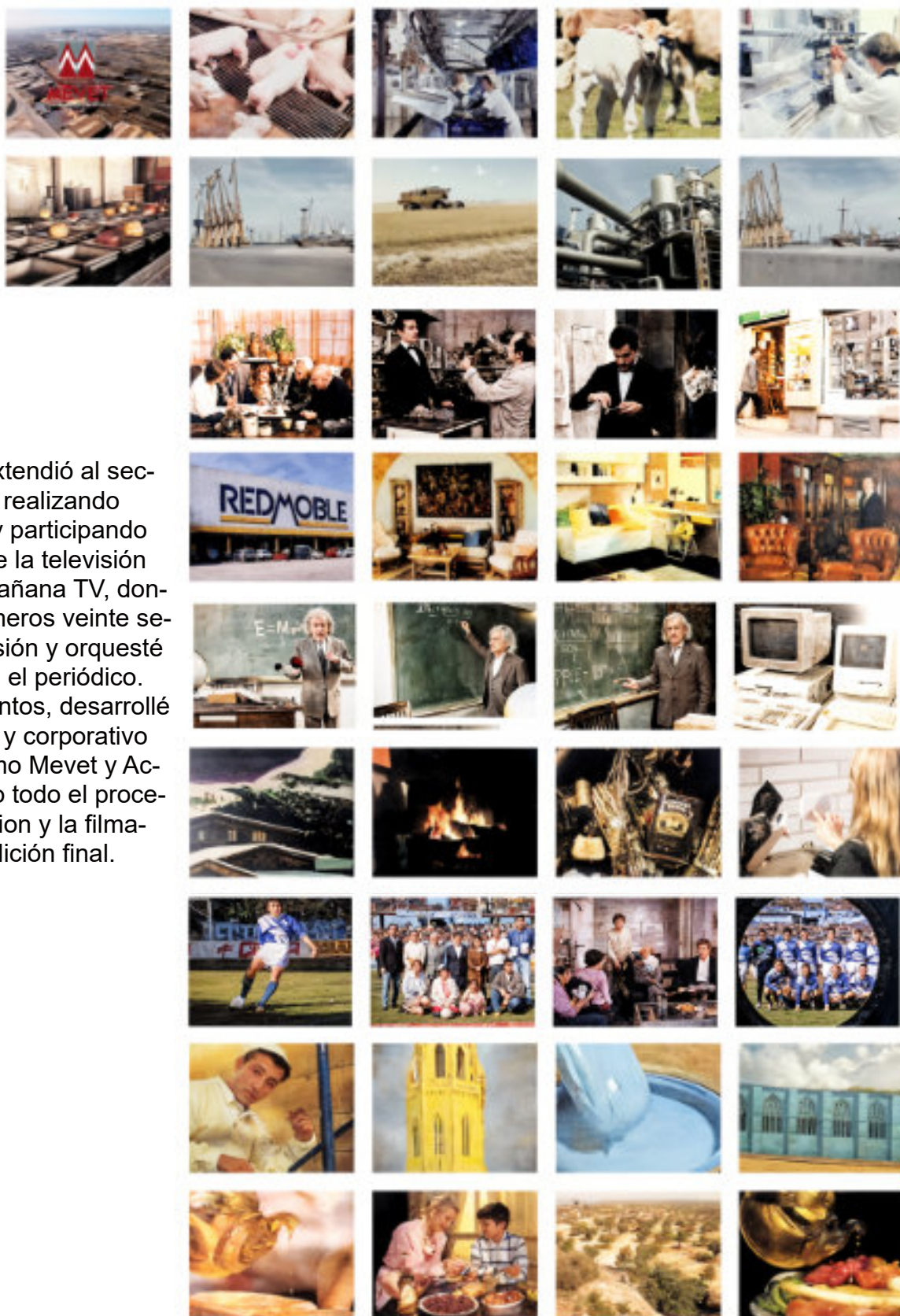


El dibujo a mano con el rigor del 3D y la informática aplicada al proyecto. Esta capacidad de diseñar me ha permitido, definir decoraciones y dirigir la ejecución de obras, aportando una visión estratégica. Traduzco conceptos complejos, forjado por la experiencia de quien sabe cómo se construye lo que dibuja. Al final, entrego una hoja de ruta estética y técnica: el mapa preciso para que otros profesionales materialicen el diseño.





video y tv

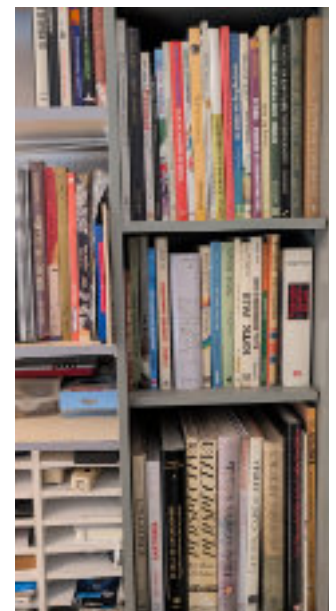
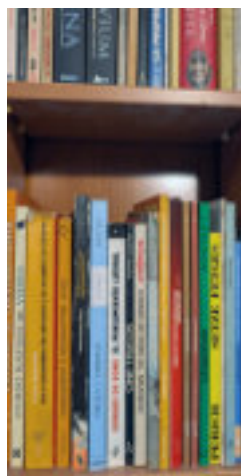


Mi trabajo se extendió al sector audiovisual, realizando spots para TV y participando en el estreno de la televisión provincial La Mañana TV, donde creé los primeros veinte segundos de emisión y orquesté campañas para el periódico. En otros momentos, desarrollé vídeo industrial y corporativo para firmas como Mevet y Actel, gestionando todo el proceso: desde el guion y la filmación hasta la edición final.

Mi Biblioteca

A lo largo de mi carrera he desarrollado, una formación autodidacta en múltiples disciplinas. No fue una decisión estratégica, sino una necesidad: para adaptarme a los cambios del oficio, tenía que entenderlos desde dentro. Aprender era parte del trabajo, no algo separado. En una época sin internet, mi formación se fraguó en la constancia de los fascículos semanales y los libros; ese ritmo lento de aprendizaje me otorgó una discipli-

na intelectual propia. Mis verdaderos mentores habitaban en esas estanterías: Andrew Loomis, George Bridgman, Jenő Barcsay o los tratados de matemáticas y geometría. Esta colección no es solo papel, sino el testimonio de una curiosidad inagotable. Mis 'maestros invisibles' me enseñaron que la herramienta cauduca, pero el criterio nacido del estudio es lo que permite a un diseñador seguir siendo relevante."



anécdotas de 60 años

Tras jubilarme, regresé a perfeccionar el dibujo del natural y la anatomía. Un día, entre trazos de movimiento y expresión, logré un apunte idéntico a la camarera más guapa del barrio, esa que nos tenía a todos encandilados. Al comentárselo a una amiga, ella me animó sin dudar: — ¡Pues enséñaselo! Tuve que frenar su entusiasmo en seco: —¿Pero cómo se lo voy a enseñar? ¡Si en el dibujo está desnuda!. Hay capturas del natural que, por puro azar, es mejor dejar guardadas en la carpeta.



Confiado en mi dominio de la redondilla, me ofrecí a rotular unos diplomas bajo la atenta mirada de toda la oficina. Al primer trazo, la tinta se desparramó sin control: el papel no estaba tratado y era imposible trabajar en él. Aunque el fallo fue del material y no de mi mano, el ridículo público y el coste de los diplomas recayeron sobre mí. Mi técnica era impecable, pero aquel papel traicionero me costó el prestigio.

En el estudio, un pisotón accidental al pedal de mi mesa volcó una montaña de fotos y rompió un bote de anilina azul que las tiñó por completo. Convencido de que mi carrera peligraba, me las llevé a casa para intentar salvarlas. Recordé que la anilina reacciona a la lejía, pero el primer intento directo desintegró una imagen. Sin rendirme, mezclé una pequeña cantidad de lejía con fijador fotográfico y ocurrió el milagro: el azul desapareció, rescatando el 95 % del trabajo. ¡Aquel día no solo salvé las fotos, sino también mi empleo!



Me jugaba una fortuna en un reportaje con una modelo de alto nivel. Tras una sesión agotadora en la que terminé exhausto, un ayudante propuso que me hiciera una foto con ella en la cama, botella en mano. El resultado fue un retrato que enfrentaba mi cara demacrada a su belleza radiante. Años después, mi novia encontró aquella imagen en los archivos y se quedó sin palabras.

Trabajando para una importante firma de piezas metálicas, un cliente rechazó un diseño que le envié a través de un intermediario: «No me gusta nada, sé que tú lo harás mejor», me confesó al llamarme. Me pidió invertir la orientación y ajustar algunos tamaños. Al entregarle la "nueva" versión, exclamó satisfecho: «¡Lo sabía! No tiene nada que ver». En esencia, los dibujos eran iguales; pero mi firma y el trato directo fueron los verdaderos componentes que transformaron el rechazo en éxito. A veces, el diseño no está solo en el papel, sino en la confianza.



Cuando me apunté a un curso de acuarela, con años de experiencia ya a mis espaldas, me encontré con un profesor que empleaba dos horas en su obra y nos dejaba solo quince minutos para la nuestra. ¿Cómo íbamos a superar su maestría en tan poco tiempo? En mi primera lámina, me soltó un frío «no está mal». Pero con la segunda, su veredicto fue: «¡Hombre, ahora sí que la has cagado!». Sin embargo, un compañero se acercó y, con una sonrisa, me dijo: «¡Me encanta tu acuarela, los regueros son magníficos!». Aquello me enseñó que los gustos, como las nubes, tienen muchas formas y perspectivas.

Mientras diseñaba un estuche de productos cárnicos, pedí a una aprendiz un boceto rápido de una salchicha y dos albóndigas. Con las prisas de la entrega, integré el dibujo y apliqué el color sin detenerme a observar el conjunto. El silencio de la presentación ante los clientes solo se rompió cuando uno de ellos preguntó: «¿No resulta esto algo... fático?». Tras la carcajada del gerente, los demás confesaron: «¡Yo ya lo había visto, pero no me atrevía a decir nada!». La composición era, efectivamente, demasiado sugerente. A veces, el cliente percibe mucho más de lo que el diseñador llega a imaginar.



Mientras esperaba en una oficina de Barcelona donde me ignoraban, pensé que el símbolo de mi ciudad debía ser algo claro, algo que pudiera dibujarse con la fluidez de una firma. En quince segundos, tracé una Seu Vella espontánea en mi libreta. Tiempo después, tras intentar perfeccionarla sin éxito, comprendí que aquel garabato era, en realidad, la esencia pura. Presenté ese trazo a un concurso de logotipos en Lleida y gané el primer premio. A veces, la mejor idea surge sin presión, justo cuando dejas que la intuición tome el mando.

A los dieciocho años, convaleciente por una gripe, grabé en linóleo unas manos y unos rostros. Aquel dibujo acabó guardado tras un trayecto curioso: se lo regalé a un amigo y este, a su vez, se lo entregó a otro; tiempo después, aquel segundo amigo me lo devolvió. Ante la falta de uso, decidí archivarlo. Años más tarde, lo rescaté para el cartel de la obra Situació Bis y lo imprimimos en una impactante serigrafía. Tres décadas después, lo encontré en una exposición junto a piezas de Tàpies y Miró. Ver mi grabado de juventud codeándose con los grandes, sin desentonar, fue un orgullo inolvidable.





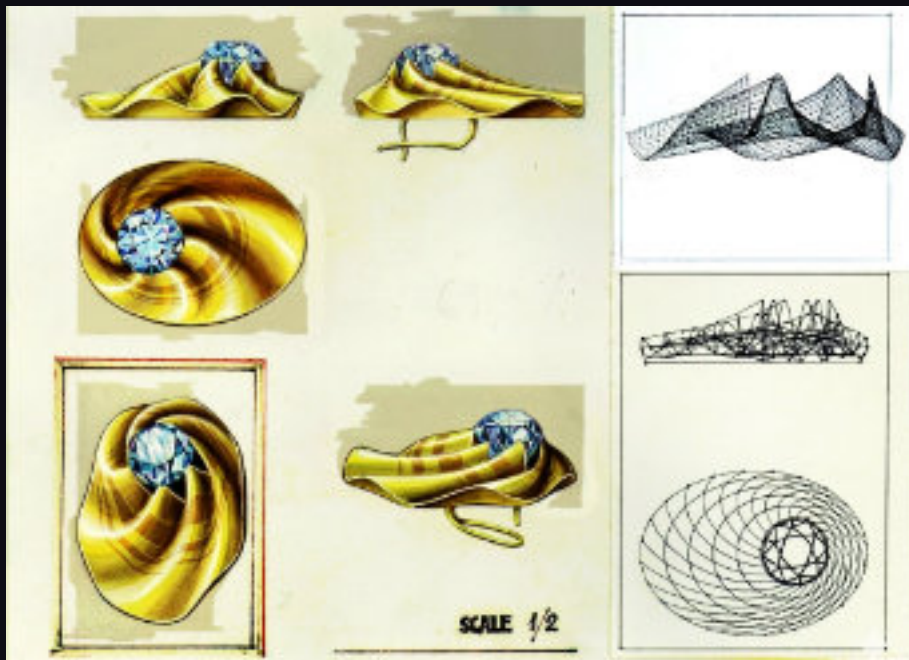
El inicio de todo. Con apenas diez años, en las aulas de la Escuela de Bellas Artes de Lérida, recibiendo las primeras lecciones del maestro Leandre Cristofol. Un momento capturado en blanco y negro que marca el punto de partida de sesenta años dedicados al oficio del dibujo.



kilometro 0

Mi viaje comenzó a los diez años en la Escuela de Bellas Artes de Lérida, bajo la guía del maestro Cristofol. Allí, entre el dibujo, la pintura y la escultura, se moldeó mi mirada artesana. Alterné aulas con referentes como Coma Estadella, Pallarès, Tamarit, Saguillo, Minguell, aprendiendo que el oficio no se improvisa. Esos años de formación clásica son el cimiento de todo lo que vino después: el origen real de mi trayectoria.

Huellas del Éxito



Ser finalista en los **Diamond Awards, De Beers** me situó en los estándares más altos. Un reconocimiento por presentar, probablemente por primera vez, una joya concebida mediante ordenador.

Estructura generada en 1983 programando en BASIC un algoritmo de trigonometría para simular perspectiva cónica y generar una poligonal, en un Apple II.

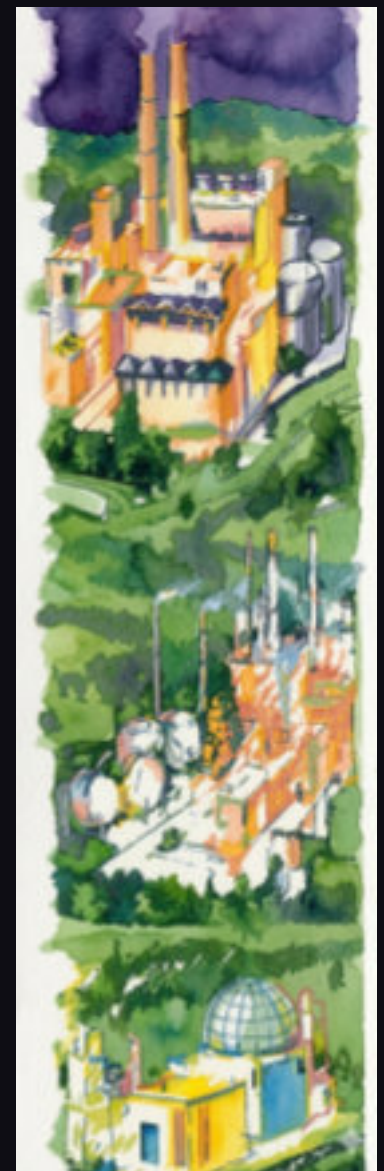
Seleccionado por **FAD y Art Directors** : Una distinción que sitúa estas dos obras entre la mejor ilustración, Barcelona y Madrid.



Este diseño de **proyección internacional** se extendió por numerosos países, adaptando la fuerza de una marca a las exigencias de los mercados más diversos.

Empresas que confiaron en mi

Actel, Adams, Ajuntament de Lleida, Argal, Aritmos, Belafer, Brausa, Celen Química, Centre Mèdic Pla d'Urgell, Cervesa San Miguel, Cocedero de Marisco, Comercial Pintures, Copirineo, Deco Jympa, Denominació d'Origen Les Garrigues, Diputació de Lleida, Frilesa, Fira de Lleida, Florida Fraga, Horticultura Bellmunt, Iaso, Imprenta Cuberes, Joan Coll, La Caixa, La Mañana, Laf, Mata, Medilast, Mevet, Milsa, Mobles Ros, París Menú, Permici, Ramón Soler, Sansi Hotels, Sogesa, Telesincro, Tugues, Unió Esportiva Lleida, Valisa, Vall Companys y Wonderful.





CREATIVITY
REIMAGINED

CURRICULUM

En 1968 empecé como aprendiz en el estudio Talamonte, donde adquirí los fundamentos artesanales. Mi trayectoria profesional es el relato de una transformación constante; mi vida en el diseño comenzó en el dominio del oficio. En 1975, di un paso hacia el emprendimiento con la fundación de Imagen Cuatro, etapa en la que me inicié en la fotografía profesional. En 1977, inicié mi etapa más sólida y prolífica con la creación de Baró/Vicente, donde, en 1982, me convertí en pionero al adquirir un Apple II para programar diseños y 3D en BASIC. Durante más de dos décadas, lideré un equipo de hasta diez profesionales que definió el paisaje gráfico de Lleida con proyección en Barcelona, abarcando desde la ilustración técnica hasta la publicidad televisiva. Sin embargo, en el año 2000, a los 53 años, tomé la

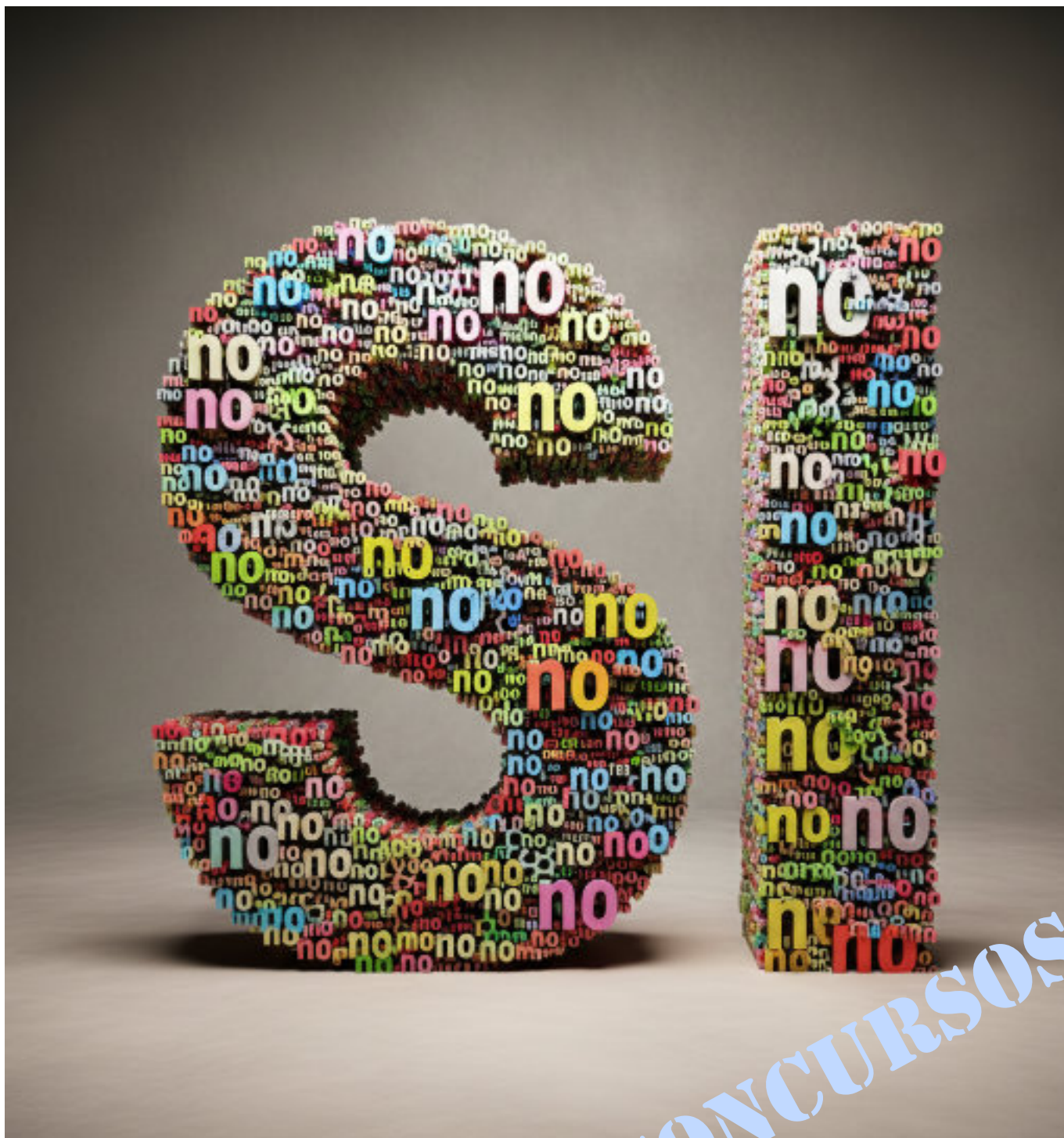
decisión más difícil de mi vida: para no dejar que la inercia empresarial asfixiara mi creatividad, decidí establecerme como autónomo. Comprendí que a los 60 años uno ya no se recupera, pero a los 53 sí. Esta apuesta por mis valores me permitió evolucionar hasta que, en 2007, me incorporé como diseñador en el diario La Mañana. Allí aporté mi experiencia y pude actualizarme en el exigente mundo editorial y la infografía, asumiendo el reto de la edición digital. Me jubilé hace 14 años, tras una carrera marcada por el dominio de herramientas como el offset, el 3D (Maya y Blender), el dibujo e ilustración, la infografía, la autoedición, la fotografía y el vídeo. Hoy, mi curiosidad sigue viva a través de la IA, confirmando que la herramienta cambia, pero la voluntad permanece.



JUBILACIÓN

La jubilación no fue un punto final, sino el inicio de la etapa más prolífica de mi formación. Liberado de los plazos de entrega y las exigencias del cliente, me convertí en mi propio alumno. En la Maestría en Figura Humana y Anatomía, cumplí la asignatura pendiente del dibujo estructural; a través del estudio intensivo (método Proko y otros), perfeccioné la construcción de la figura humana aplicando estos conocimientos al storyboard y la narrativa visual del cómic. En la Evolución del 3D, tras décadas utilizando herramientas como Maya, Strata 3D y Cinema 4D, realicé la transición completa al ecosistema de Blender, herramienta que me ha permitido fusionar el diseño digital con la fabricación real. En el área de Diseño de Joyería y Orfebrería Digital, exploré el modelado de precisión, culminando en la crea-

ción de una moneda de plata de ley con mi propio relieve, uniendo por primera vez el modelado 3D de vanguardia con la fundición física. Con la Acuarela, salí del estudio para capturar la luz directamente del natural; como parte del grupo Aquarel·listes dels dimecres en Barcelona, practiqué la síntesis y la frescura de la acuarela pintando en las calles, recuperando el contacto directo con el papel y el agua. Finalmente, en mi Exploración de la Inteligencia Artificial, investigo actualmente las fronteras de la IA generativa, no como un atajo, sino como una nueva "cámara clara" que necesita del criterio, la composición y la experiencia de quien lleva 60 años mirando el mundo a través del diseño.



LA PARADOJA DEL EXITO

A menudo buscamos el éxito como si fuera una ley, pero la realidad es más compleja. Una vez me vi envuelto en un homenaje, rodeado de altos cargos que celebraban mi trayectoria y admiraban mi exposición. Sin embargo, la verdadera lección de humildad llegó apenas al día siguiente, cuando me vi cargando muebles y pegando carteles para el escenario de una fiesta a la que asistían esos

mismos. Poco después, incluso me tocó servirles cervezas. Era mi trabajo, obedecer y esa oscilación entre el pedestal del artista y el taller de montaje no me quebró. Como le sucedió a Chaplin, rechazado en un concurso de imitadores de Charlot, el juicio externo es inherentemente injusto. He sido jurado y sé que el éxito suele ser un accidente, no siempre un reflejo del talento. He comprendido que el único juez válido es uno mismo. Al final, diseñar consiste en saber adaptarse a la injusticia con la misma elegancia con la que manejamos un lápiz.

El dibujo no termina



Al cerrar, me doy cuenta de que esta revista no es un punto final, sino un punto y seguido. Recorrer estas seis décadas me ha permitido confirmar una sospecha que siempre me acompañó en el estudio: que las herramientas son efímeras, pero la profesionalidad es permanente. Mirando las reproducciones de mis primeros trabajos manuales al lado de las últimas experimentaciones con inteligencia artificial, veo una coherencia que trasciende la técnica. Es la coherencia de quien

nunca ha dejado de ser un aprendiz. He comprendido que el éxito de un diseñador no reside en dominar la tecnología, sino en tener la valentía de abandonarla cuando surge una nueva. Vivimos una época de cambios vertiginosos. Es fácil dejarse seducir por la velocidad de los algoritmos o, por el contrario, refugiarse en la nostalgia del papel. Sin embargo, mi elección ha sido habitar ese espacio intermedio, esa "duplicidad" donde la experiencia de mis dedos sirve de guía.





LA SOMBRA DEL NÓMADA

Cruzar el desierto no es una cuestión de velocidad, sino de saber proyectar la sombra. En estos 60 años, he aprendido que el oasis no se encuentra: se construye. Mi transición no ha sido de un lugar a otro, sino de una herramienta a otra, siempre al amparo de un oficio que se niega a secarse. Aquí, bajo lo aprendido, espero la siguiente caravana.



José Baró Parellada

e-mail, baropainter@gmail.com

[Http://baroparellada.com](http://baroparellada.com)